

“Prometo cuidarme, ser prudente y disfrutar al máximo esta oportunidad, así que no os preocupéis demasiado por mí. Sé que voy a ser feliz comiendo elefante, conviviendo con arañas y cucarachas y peleando con los mosquitos.”

Así fue como acabé el e-mail de despedida que os envié antes de venir. Ya han pasado dos años desde entonces y sí, he sido feliz entre la carne de elefante, las arañas, cucarachas y mosquitos. De hecho me he vuelto toda una especialista en arañas y cucarachas. ¿Sabéis? Las cucarachas, una vez que les das la vuelta, mueren de cansancio de intentar darse la vuelta otra vez. Y las arañas, la primera reacción que tiene cuando las matas, (o la última, según se mire), es encoger las patas, de manera que se quedan pequeñas, pequeñas. ¿Y los mosquitos? La verdad es que se han ensañado conmigo, todo hay que decirlo, pero también me han ayudado a “saber estar enferma”, a aceptar la dependencia y la debilidad física de esos momentos.

Es cierto que durante estos dos años también ha habido momentos duros. Integrarse en una cultura tan diferente no es fácil. Esta experiencia ha exigido mucho de mí, tanto a nivel físico como psicológico. Encontrar cierto equilibrio emocional ha supuesto un enorme trabajo personal de superación en cada momento. Y eso desgasta, a la vez que ayuda a crecer y a avanzar.

En un mes ya estaré en España. Un momento de grandes emociones contradictorias. Por una lado, la tristeza. La pena de dejar Bangassou y su gente después de dos años. Además las comunicaciones, una vez que yo vuelva a España, son complicadas, y eso dificulta las despedidas, son más bruscas. Durante este tiempo me he habituado a la vida aquí, tengo mi rutina, mis relaciones... y cortar con todo ello de repente no es tarea fácil.

Por otro lado está la alegría de la vuelta, del reencuentro con todos vosotros. Tengo unas ganas locas de hablar con vosotros, de recibir mil abrazos (que he recibido muy muy poquitos en estos dos años), de ir a tomar el aperitivo, ir a bailar, cenar en un restaurante, ir a un supermercado y tener mil posibilidades donde elegir, dormir sin mosquitera... ¡y tomar una ducha de agua caliente!

También hay una cierta intriga sobre mi futuro, sobre la nueva etapa que voy a comenzar. Nos hablan mucho de la “depresión post-cooperación”. Puede que hablar de depresión sea excesivo, pero sí que creo que hay un periodo de readaptación en tu sociedad que no siempre es fácil. De hecho una de mis grandes cuestiones es saber hasta qué punto voy a ser capaz de transmitir todo lo que he vivido, de compartir con vosotros estos dos años de mi vida.

¿Cómo me vais a encontrar? Ay... pues no sé deciros, la verdad. Físicamente no he cambiado mucho. Estoy más delgadina, pero no tanto como os imagináis!! Y si que me siento algo más “envejecida”. Incluso algunos me han dicho que sienten que me hecho “mujer” aquí, que ya no soy esa jovencilla recién salida de la universidad que llegó en septiembre 2007.

A nivel personal, no sé si he cambiado, pero en todo caso esta experiencia me ha transformado. Hay gente que piensa que es bueno “seguir siendo el mismo”, que decirle “*no has cambiado*” es un halago. No es mi caso. Yo creo que cada experiencia de tu vida te transforma, te moldea, aunque en ocasiones sea de manera tan insignificante que ni siquiera nos demos cuenta. Si las experiencias de cada día no te transforman es porque no

las has vivido intensamente, porque simplemente has pasado por al lado, sin sumergirte en ella. Estos dos años han estado repletos de nuevas experiencias y encuentros. Me he confrontado a realidades demasiado lejanas para mí cuando estaba en España. Que una cosa es hablar del encuentro de culturas y otra lograr integrarse en una cultura tan diferente. Que una cosa es hablar de sida y otra ver morir una amiga por esa enfermedad. Que una cosa es estudiar las estadísticas de mortalidad infantil y otra ver morir un niño. Que una cosa es fascinarse por los ritos de la brujería africana y otra ver como todo un barrio pega una paliza a un anciano y lo encierra en su casa para quemarlo vivo, sólo porque piensan que es un brujo... Todas estas experiencias duelen y abren heridas que no siempre son fáciles de cicatrizar. Son realidades que nos sobrepasan, que nos hacen perder cierta ingenuidad, nos hace perder ilusiones. Y al mismo tiempo te enseña que la muerte y el sufrimiento son parte de la vida y que hay cosas que escapan a nuestro control. Pero a pesar del sufrimiento y las malas experiencias, las lecciones más importantes que he aprendido aquí están llenas de optimismo y de vida. La primera es que la felicidad está en saber vivir, pero vivir en mayúsculas!! Siendo consciente de cada gesto, de cada decisión, sintiéndote verdaderamente actor de tu vida, sin dejarte manejar por aquello que la sociedad espera de ti, por aquello que es socialmente correcto. Buscando aquello que llena de verdad, que te hace sentir completo.

Otra de las grandes cosas que he aprendido es la grandeza del encuentro con el otro. Aprender a ver algo especial en cada persona, descubrir que cada persona tiene una historia que contar, unas vivencias, una manera de ver la vida, aprender que cada persona tiene algo que aportarte. Mi círculo social aquí ha sido muy particular. Una pareja de cooperantes de 60 años, monjas y sacerdotes, gente analfabeta, mujeres musulmanas, madres de 16 años... y sin embargo todos estos encuentros han sido esenciales para encontrar mi equilibrio emocional- afectivo. Todos estos encuentros me han ayudado a crecer, a saber que hay muchas formas diferentes de entender la vida, que hay muchas formas diferentes de vivir. Y que ninguna es mejor, ninguna es perfecta, son simplemente diferentes. El fruto de un recorrido personal, de las experiencias vividas y del azar en ciertos momentos.

Otra de las cuestiones que más se han repetido durante este tiempo es la relacionada con la cooperación, con el desarrollo, la solidaridad, las relaciones norte- sur, blanco-negro. No he conseguido encontrar una respuesta a todo eso pero ahora sí que sé lo que no es la cooperación. Me he dado cuenta de muchos de los fallos que cometemos, de las incoherencias, las hipocresías... Es necesario comprometerse, pero comprometerse de verdad. Dejarse de miedos y prejuicios. Apostar por medidas más sólidas y dignas. Apostar por el comercio justo (aunque sea más caro), interesarnos por la política, la cultura africana, viajar a Marruecos, a Senegal, Camerún, acercarse a las comunidades extranjeras de nuestra sociedad... Dejar de tener una mirada ingenua e infantil sobre el África y los africanos. Mirarles de igual a igual, sin compasión pero con comprensión, a la vez que con exigencia. Escucharles y dejar que tomen sus propias decisiones. Ayudarles a remar, pero dejando que sean ellos los que comanden el barco. Acompañarles en su desarrollo pero dejando que elijan ellos la manera de avanzar.

Estando aquí he leído numerosas revistas “misioneras o sensibles con los países subdesarrollados”. Me ha entrado tanta rabia tantas veces... En muchas ocasiones transmiten una imagen del África demasiado “tópica”, demasiado caricaturizada. El África es mucho más de lo que imaginamos. Y os confieso que uno de mis retos al

volver a España es mostrar esa otra cara del África. Hablar del África, del desarrollo, del voluntariado... sin caer demasiado en los tópicos de siempre. ¿Cómo hacerlo? Pues de momento no sé... pero ya surgirán las ideas y las ocasiones...

Antes de acabar sólo daros las gracias por haberme acompañado en este viaje tan particular. Por todos los e-mails recibidos, por las cartas y detalles que habéis mandado cuando “el cartero” pasaba por Bangassou. Quiero pedir os perdón por todas las veces que no os he respondido individualmente, por todas las veces en que no os he agradecido vuestras palabras de ánimo y cariño. Por todas las veces en que no he estado a la altura de vuestro apoyo. Al mismo tiempo aprovecho para reprocharos todas las veces que no me habéis escrito porque no queríais aburrirme con vuestras historias, porque no queríais robarme parte de mi tiempo aquí. ¡Qué equivocados estáis! En primer lugar porque a todos nos gusta recibir noticias de aquellos que nos son queridos, sobretodo cuando estás tan lejos de ellos. En estos dos años ha habido grandes momentos de soledad, de desarraigo. Aquí eres siempre una extranjera. Por eso es importante sentir que tu gente, tu familia y amigos siguen pensando en ti, que siguen compartiendo su vida contigo a pesar del tiempo y la distancia. Te ayuda a no sentirte tan sola y a seguir situándote en la vida, sin perderte demasiado en todas las nuevas experiencias y realidades que no hacen más que balancearte de un lado a otro.

Otro de vuestros argumentos más repetidos era que no teníais nada que contar porque lo que podíais contarme era menos interesante que lo que yo estaba viviendo. De nuevo estáis equivocados. La vida aquí es extraordinaria, a la vez que rutinaria. Tan extraordinaria y rutinaria como nuestra vida en España. Es cierto que la manera de vivir aquí es diferente y eso sorprende, supone la vivencia de nuevas experiencias que hacen surgir nuevas emociones. Pero no es nada extraordinario, es otra realidad, una realidad ordinaria. Lo que hace extraordinaria la vida aquí es la apertura y la capacidad de disfrutar de los pequeños momentos que surge en aquellos que venimos del exterior. Es esa nueva mirada que tenemos sobre las cosas lo que hace que esas cosas sean extraordinarias. Aquí estamos indefensos. Todos nuestros pilares afectivos están lejos y nuestros valores morales y sociales se ven confrontados por la nueva realidad que descubrimos. Eso te hace estar más receptivo. Te aferras a cada encuentro, a cada momento, para poder seguir adelante y encontrar un equilibrio personal. Tomas tu tiempo para contemplar los paisajes, para contemplar y admirar el trabajo del otro. Para hablar con la gente, para acogerlo. Estás abierto a nuevas proposiciones, a vivir nuevas experiencias, a nuevos encuentros. Hablas con los prisioneros, los leprosos y enfermos de sida, con los ancianos, con los jóvenes, con los protestantes, los musulmanes, con el pescador, el artesano, la mujer que vende cacahuets en el mercado, la mujer acusada de brujería... Y es justamente cuando aprendes a salir de ti mismo cuando la vida aquí se convierte en extraordinaria. Porque aprovechas cada momento, cada encuentro. El problema es que nuestra vida se convierte en ordinaria porque no queremos, por miedo o pereza, salir de nuestro círculo de amistades, aceptar nuevos planes y proposiciones, hablar con aquel a quien no conocemos. E incluso a aquellos que nos son cercanos, les hemos encasillado demasiado, o al menos lo justo como para evitar que sigan sorprendiéndonos.

Para acabar os comparto la introducción de cada capítulo de un libro que la DCC, el organismo con el que he venido a Bangassou, ha publicado para celebrar sus 40 años de vida. Cada línea refleja bien lo que es la cooperación, lo que han sido estos dos años para mí.

PARTIR- Partir es atreverse a salir de sí mismo y su mundo. Romper los vínculos a los que la vida moderna y la debilidad de nuestros corazones nos han encadenado y aceptar tomar otro camino diferente al que habíamos previsto. Partir es decirse que puede que alguien nos espera en alguna parte.

ENCUENTRO- Más allá del término general de cooperación, es el encuentro con el otro, la presencia trastornante de otras caras lo que se impone. Descubrir al otro, con toda la magia que eso conlleva.

ESPERAR- Acompañar un cultivador a su campo, tomar el té sobre una alfombra, pasearse por el mercado, pararse. Para llegar al encuentro es necesario “vivir con”, tomar tiempo para compartir lo cotidiano.

AMAR- Aquel que ama descubre la tierra donde vive, aprende a contemplar los paisajes y a mirar al otro. Aquel que encuentra de verdad ama sin ingenuidad, y cada uno de sus gestos es un gesto de amor, no de pena.

CRECER- Partimos en cooperación esperando ayudar al otro a crecer. Allí aprendemos a ser pacientes y a no perder jamás la esperanza en el hombre. Y cuando medimos el camino recorrido comprendemos que hemos dado menos de lo que hemos recibido.

MORIR- Ser voluntario significa, en ocasiones, enfrentarse a la guerra, a la enfermedad, a la pérdida de aquellos que nos son próximos. Es aceptar que hay cosas que se nos escapan, perder algunas ilusiones, pero aprender que la muerte forma parte de la vida.

CONSTRUIR- Trabajar con el otro, crear poco a poco lazos de confianza, obrar de igual a igual al servicio de un proyecto común: construir es una cosa seria.

CREER- Partir en cooperación es esforzarse en vivir el Evangelio en lo cotidiano, vivir su fe en el encuentro, sea cual sea el lugar y el idioma. Es hacer en sí mismo y para el otro, un sitio a Dios.

Y el mejor descubrimiento es saber que para vivir todo esto no es necesario viajar a miles de kilómetros. Basta con salir de nosotros mismos y estar dispuesto a encontrar al otro, con todos los riesgos y aventuras que eso supone.

Un beso enorme a todos

Y esta vez sí ¡hasta pronto!

Ana Dols